



Pedagogia i Treball Social

Revista de Ciències Socials Aplicades

Dipòsit Legal: GI.904-2010
ISSN: 2013-9063

Universitat
de Girona



**Varela-Portelar, C., Sotelino-Losada, A.,
Rodríguez-Fernandez, M. A. (2019)**
**"Desarrollo comunitario, ocio y participación cívica
en el medio rural. El entroido gallego, un estudio de caso"**

Pedagogia i Treball Social. Revista de Ciències Socials Aplicades
Vol. 8. Núm.2: 70-90

Desarrollo comunitario, ocio y participación cívica en el medio rural. El entroido gallego, un estudio de caso

Alexandre
Sotelino-Losada¹

Miguel Ángel
Rodríguez-Fernandez²

Cristina
Varela-Portelar³

Resumen

El objetivo de este trabajo pasa por presentar el *Entroido* como genuina práctica de ocio y ejemplo de dinámica participativa autogestionada lo que supone, a nuestro juicio, una oportunidad para anclar o enraizar procesos de desarrollo comunitario, esencialmente en contextos rurales, puesto que relaciona tradición (resistencia a la occidentalización, homogeneización y atomización cultural) y dimensión lúdico-festiva posibilitando la habilitación de los recursos endógenos de una comunidad.

En este sentido, el texto aborda, desde una perspectiva sociopedagógica, la constante polémica y el complejo equilibrio entre la generalización del ocio como experiencia vital que profundiza en la autonomía personal, y la minimización de la capacidad de maniobra que supone la extensión de un ocio masificado y basado en la cultura del espectáculo, concibiendo a las personas como meros clientes, consumidores,

1. alexandre.sotelino@usc.es. GI-Esulca. Universidade de Santiago de Compostela

2. miguelangel.rodriguez@usc.es. GI SEPA. Universidade de Santiago de Compostela

3. cristina.varela@usc.es. GI-Esulca. Universidade de Santiago de Compostela

usuarios, y no como los verdaderos protagonistas de esa experiencia singular, individual o compartida, que es el ocio, siempre en el marco de la vorágine temporal que exige la sociedad de consumo y que impide a las personas tomar las riendas de su proyecto vital.

Finalmente, lo que tratamos es de evidenciar las potencialidades que este tipo de iniciativas populares tienen en el ámbito del desarrollo comunitario, en tanto que fortalecimiento de vínculos personales, y promoción de la identidad social.

Palabras clave: desarrollo comunitario, participación cívica, educación, ocio, medio rural, tradición.

Abstract

The aim of this article is to present *Entroido* (Galician Carnival) as a genuine leisure practice and example of self-managed participatory dynamics, which in our opinion represents an opportunity to consolidate community development processes, especially in rural areas, since it links tradition (resistance to Westernization, homogenisation and cultural atomization) and the ludic-festive dimension, enabling the empowerment of the endogenous resources of a community.

In this sense, the text addresses, from a socio-pedagogical perspective, the constant controversy and the complex balance between the generalization of leisure as a life experience that delves into personal autonomy, and the minimization of the maneuverability that involves the extension of a leisure mass and based on the culture of the show, conceiving people as mere customers, consumers, users, and not as the true protagonists of that singular, individual or shared experience, which is leisure, always within the framework of the temporary vortex that it demands the consumer society and that prevents people from taking the reins of their life project.

Finally, what we are trying to do is to demonstrate the potential that this type of popular initiatives have in the field of rural community development, as a strengthening of personal ties, and promotion of social identity.

Keywords: community development, civic participation, education, leisure, rural environment, tradition

1. Introducción

Desde las últimas décadas del pasado siglo XX y en los albores del presente siglo XXI ya casi nadie discute, en el amplio y diverso mundo de la literatura pedagógica, el que el ocio se ha convertido, con creces y por derecho propio, en una de las pautas de configuración de nuestra sociedad. Sus múltiples potencialidades de índole fundamentalmente socioeducativo y cultural que se extienden a lo largo de toda la vida han consagrado a los tiempos de ocio como uno de los referentes esenciales a la hora de retratar a la civilización humana. El constituirse como una experiencia personal, gozosa, subjetiva, plural, diversa, etc., abre un sensacional espacio para la libertad y creatividad individual, para la autoafirmación o autorrealización, el cultivo de la autoestima y, por ende, para el logro del bienestar personal y de la calidad de vida, eso sí, una calidad de vida reformulada, en el sentido de liberarse del pesado armazón o de la carcasa neoliberal o capitalista según la cual, y como veremos más adelante, todo se juega en el terreno de la sublimación de la opulencia y la sinrazón consumista como únicas vías para alcanzar ese publicitado y, por tanto ansiado, *statu quo*. Es así que “todo lo impregna esa velocidad que deriva en una mercantilización extrema de todas las dimensiones de la vida humana y que nos lleva por unos derroteros que superan ya la tragedia” (Alguacil, 2003:9)

En el marco de una sociedad en la que, como venimos apuntando, no parece existir alternativa a los modelos organizativos propugnados por una ideología de corte capitalista o neoliberal se tiende a identificar, de forma casi mimética, el concepto calidad de vida con dimensiones próximas a la acumulación material y al consumismo exacerbado, como si el éxito o la felicidad, a cuya persecución parece que consagramos nuestras vidas, estuviese monopolizado por el afán de alcanzar unos ingresos económicos que permitan paliar, a través del consumo, ciertos sinsabores o vacíos personales relativos a nuestro proyecto vital. En otros casos, esos mecanismos a los que aludimos como paliativos de un estado de infelicidad acaban por constituirse en la meta inherente y fundamental de nuestra existencia, en un imaginario social que prioriza la ostentación y la acumulación como rasgos característicos o definatorios de un sentimiento o un estado que se aproxime lo máximo posible a la felicidad. Es así que nuestro punto de vista se distorsiona de forma notable y acabamos percibiendo, tras haber sido convenientemente aleccionados para ello (a través de los medios de comunicación y de otros agentes sociales), que la felicidad y el bienestar se pueden comprar y que, alcanzando una posición (más bien compitiendo por ella con

el resto) de la que se deriven unos ingresos económicos notables, podremos acceder a esa “buena vida” de quienes son realmente felices y afortunados, sin llegar a comprender que, como dicen los ecólogos, “lo pequeño también puede ser hermoso” y que los dispendios económicos en actividades lúdicas no garantizan la carga educativa, el gozo, el disfrute, ni la felicidad que son objetivo final de las mismas.

En tal contexto las personas ven reducida su capacidad de maniobra, se minimiza su protagonismo a la facultad de decidir qué producto van a adquirir, en qué cantidad lo van a hacer o por qué marca comercial se van a decantar, para satisfacer una necesidad probablemente creada a partir de los artificios publicitarios y de los medios de comunicación; es así que el papel de las personas se retrotrae a la figura de consumidores, clientes y usuarios. La pérdida de soberanía de los Estados que se deriva del modelo sociopolítico (económico en esencia) capitalista o neoliberal supone, por extensión, una pérdida de protagonismo por parte de la sociedad civil que además ve peligrar sus derechos identitarios en base a los procesos de homogeneización y atomización cultural que devienen del bombardeo constante de una cultura de masas que emplea como soporte a los medios de comunicación (que también se rigen por parámetros de naturaleza económica, como dice Fernández (2004: 314) “cuando el cuarto poder es parte del poder”) y que amenaza las culturas populares y hasta las manifestaciones espontáneas de las mismas dentro del “afán hegemónico y ortodoxo de la civilización occidental” (Caride, 2005:75) (“dimensión cultural de la globalización” Caride&Meira, 2001:43). O, como afirma Giddens (1993) citado por Caride&Meira (2001:45) “los aspectos locales son penetrados en profundidad y configurados por influencias sociales que se generan a gran distancia de ellos”. Se pierde identidad individual y colectiva y se dificulta el sentimiento de pertenencia vinculado o enraizado en un determinado territorio y con unas prácticas culturales idiosincrásicas, minimizándose la capacidad siquiera para pensar alternativas al modelo preponderante.

Es bajo estas circunstancias cuando los ciudadanos dejan de serlo, incluso deja de aludírseles como personas para pasar a otras denominaciones menos amables que poco o nada tienen de aleatorio o casual y que tampoco refieren cuestiones o vericuetos de carácter semántico. Son individuos, sujetos, clientes, usuarios, consumidores, etc., expresiones que de por sí reducen el protagonismo a las facultades resaltadas con anterioridad. Y todo ello, como decíamos, minimiza el papel de las personas a la hora de participar en la construcción de su proyecto y de su espacio vital. Se coarta su capacidad asociativa y su potencial para construir

comunidad. Se incrementa la desconfianza hacia el otro fomentando un feroz individualismo y una competitividad exacerbada, casi fanática, ante la posibilidad de que ese otro, como resaltábamos anteriormente, ocupe tu lugar en la cadena de producción y ponga en peligro tus ingresos o tu sustento. Se habla de tiempos de incertidumbre, de nada a largo plazo, de que el futuro no existe, se invalidan o inhabilitan las utopías (tan saludables y provechosas en las conquistas sociales), ello redundando en el sentimiento de soledad, conformismo o impotencia del ciudadano que se autopercebe como incapaz para construir algo en común con los demás (redes, proyectos compartidos, etc.). El factor de desarrollo social e individual es la aceptación del enfrentamiento competitivo, pero la libertad individual gravita alrededor de la distinción y el gusto, reduciéndose a la proyección de lo que se tiene o se puede adquirir (manifestándose así la pertenencia a grupos diferentes).

Esas pautas de configuración de la sociedad actual y las percepciones generalizadas en relación al concepto calidad de vida se trasladan también, y como no podía ser de otra forma, a los tiempos de ocio, de modo que, por ejemplo, la posibilidad de emplear los tiempos libres como una oportunidad para formar parte, previo pago, de una especie de élite, a través de actividades turísticas, recreativas, culturales (normalmente espectáculos de masas o grandes eventos en infraestructuras igualmente de gran calibre, conciertos, festivales, parques temáticos, etc.), etc., constituye una práctica muy extendida hoy en día que nos habla a las claras de la mercantilización que azota a las prácticas que ocupan los tiempos de ocio y que nos traslada al terreno del eterno debate entre ocio y negocio en el que el segundo suele hacer prevalecer sus intereses sobre el primero y sobre todo aquel que se intente inmiscuir en esa suerte de dualidad, a nuestro juicio, antitética. Estos entretenimientos de masas han provocado, del mismo modo, una especie de uniformización y globalización de tendencias políticas, económicas, culturales y educativas que minimizan la especificidad personal de cada persona, en este caso, en el ámbito cultural, creativo, recreativo, lúdico, etc. El componente autotélico pasa a un segundo plano y se ve superado por otras consideraciones que sacrifican el bienestar personal a favor de diferentes aspectos estrechamente vinculados con esa visión materialista, con lo que popularmente se entiende, como apuntábamos con anterioridad, por una “buena vida”, acabando por extenderse y popularizarse, de una forma global, a escala planetaria, un ocio consumista de forma que la maquinaria de la sociedad de consumo invade, también, el auténtico terreno para alcanzar la genuina autorrealización personal, el espacio idóneo para el cultivo de la felicidad, el ocio.

Tratamos de hacer hincapié en que es posible un nuevo modo de entender la calidad de vida, basado en la capacidad para formar parte de algo en común junto con otros, de forma que podamos ostentar un cierto protagonismo a nivel público en cuestiones que nos afecten de forma directa en nuestra vida cotidiana; y es que la satisfacción de ser tenido en cuenta y de poder considerarse, junto con otros, como protagonista y parte activa en el origen de cualquier iniciativa, actividad, dinámica o política pública por minúscula que sea, constituye otra forma de bienestar alejada de parámetros basados en la acumulación material, el individualismo y la competitividad. Los tiempos de ocio, así como las iniciativas que en ellos se implementan de una forma cooperativa, pueden suponer un punto de inicio ciertamente idóneo para fomentar la participación en comunidad y para promover la implantación de un verdadero sistema de democracia participativa, de base, deliberativa, que pueda paliar o superar las limitaciones de la democracia representativa y que haga a los ciudadanos partícipes de lo que ocurre en su ecosistema social más cercano. A este efecto, las potencialidades de las iniciativas que pretendemos retratar en este texto no se sitúan tanto en el plano de su influencia directa a la hora de alcanzar esos ambiciosos objetivos, sino más bien en el poder simbólico que poseen para ejemplificar la capacidad de autoorganización, acción autónoma y autogestión de los ciudadanos, no en vano, son iniciativas que nacen del pueblo para el pueblo, con un gran arraigo social y con una significación fundamental en la construcción de la identidad personal y social de los ciudadanos (característica ésta que no es ni rígida ni inmutable), que sirven de instrumento de cohesión e intercambio, de herramienta relacional para la comunidad que las implementa, además de reforzar ese enfatizado sentimiento de pertenencia con respecto a un determinado territorio en el que se contextualizan esas iniciativas. En resumen, el ocio comunitario y las experiencias o vivencias que en él se incluyen como foro, espacio, mecanismo o plataforma para la participación social.

2. El ocio como herramienta para el desarrollo comunitario: su dimensión lúdico-festiva en pos de la democracia cultural

El otrora importante sentimiento de comunidad parece haberse diluido poco a poco con motivo de los tránsitos poblacionales hacia zonas eminentemente urbanas con, a priori, mayores oportunidades de índole económica, provocando una suerte de deslocalización personal o vital en cuanto a no sentirse parte de algo junto con otros en el marco de un determinado

territorio. La competitividad y el individualismo que devienen de un sistema sociopolítico y económico que, como hemos declarado con anterioridad, se nutre y realimenta de forma implacable a partir de la promoción del miedo y la desconfianza mutua, han hecho el resto. Valores como la solidaridad, el altruismo, la cooperación, el mutualismo, la reciprocidad, etc., representativos de la *Gemeinschaft* (comunidad en su acepción tradicional) de Tönnies, se han visto relegados a un segundo plano y han perdido protagonismo a favor de consideraciones de otra naturaleza, generalmente fundamentadas en esa señalada tendencia individualista.

Si hablamos de desarrollo comunitario y de las potencialidades del ocio a ese respecto huelga decir que las dinámicas participativas de carácter no formalizado o espontáneo que describimos en estas líneas constituyen un modo idóneo de comprometer (personal y colectivamente) a la ciudadanía con sus procesos de desarrollo. De forma que, como veremos más adelante, del análisis de dichas prácticas, se infiere que lo fundamental, a nuestro entender, en festejos, eventos, celebraciones, etc., no es el día o las fechas señaladas, esto es, el producto final, sino las dinámicas y los procesos que se generan y que posibilitan alcanzar esa meta en común. Es así que resulta “factible pasar de los estrechos márgenes de la democratización cultural a las fecundas posibilidades que ofrece la democracia cultural” (Caride, 2005:76-77). Del mismo modo, la difusión de una cultura de masas a través de los diversos artificios o plataformas que habilita o implementa de forma premeditada la sociedad de consumo termina por concebir al ciudadano como cliente, usuario o consumidor (papel pasivo) de una cultura, como decíamos, masificada, mientras que la democracia cultural considera a las personas creadores o productores (papel activo) de una cultura singularizada y persigue que ésta se ubique “entre los fenómenos más cotidianos de la vida social” (Caride, 2005:77). Y es que de la cultura basada en los espectáculos de masas y en los grandes eventos en infraestructuras monumentales se deriva una macabra consecuencia según la cual la cultura se asemeja, de forma peligrosa, a una especie de coto privado para una minoría privilegiada, desde el punto de vista económico e intelectual, que ofrece productos terminados para el consumo de una mayoría que, por otro lado, con su casi inevitable asistencia, es quien hace factible y viable al mismo modelo. Lo mismo ocurre, como señalábamos con anterioridad, con el ocio consumista que llega a entenderse como una suerte de salvoconducto para el acceso a la élite social.

Al contrario de lo que pueda pensarse en el sentido de que la defensa de las particularidades o singularidades de índole cultural existentes en un territorio pueden suponer cierto reduccionismo o separatismo que imposibiliten el avance hacia el carácter multi e

intercultural de nuestra sociedad, debemos señalar que el reconocimiento y la puesta en valor de las señas de identidad cultural existentes en cada sociedad, así como de su carácter internamente diferencial y externamente diferenciador, no solo no constituyen un obstáculo para el logro de una igualdad garante de derechos para las personas y los colectivos sociales sino que permiten, dentro del marco democrático y dialogal que ha de representar la comunidad, una convivencia más tolerante, solidaria y justa, permitiendo, además, estrechar los lazos y los vínculos de las personas entre sí y con respecto a un territorio, condiciones sine qua non para que podamos hablar de comunidad (Santos Rego & Lorenzo, 2012).

Concordamos con Caride (2005) al apuntar que, sin caer en la necedad que sería obviar que vivimos en una sociedad cada vez más interdependiente y globalizada, es necesario promover la implicación de cada persona como sujeto y agente de sus propios procesos de transformación social en su entorno inmediato produciéndose, por extensión, una habilitación de los recursos endógenos del territorio y de las comunidades locales e incrementándose la percepción, por parte de las personas, de que poseen oportunidades para ser partícipes de iniciativas que vinculen territorio y habitantes.

Partiendo de la base de las innegables potencialidades educativas que presenta el juego con independencia de la edad de quien lo practique y tomando en consideración los tres grupos diferentes de edades lúdicas que señala Burkarten los que el tercer momento es el que viene marcado por la inhibición de forma que “el jugador prefiere ocultarse detrás de una máscara o de un determinado papel en el que hace patente una actitud humana” (Cuenca, 2004:244) podemos establecer un fuerte paralelismo con respecto a los festejos o celebraciones que se mencionan o analizan en estas líneas. En este sentido es obligado señalar que muchos de esos festejos o celebraciones que ejemplifican la visión lúdico-festiva que intentamos analizar en este texto, encuentran su significación fundamental en el carácter grupal que los define, y es que “la fiesta...no se justifica desde una vivencia exclusivamente individual. La fiesta sólo tiene sentido cuando se comparte” (Cuenca, 2004:58). Es así que se generan espacios de interacción, de encuentro, de diálogo de (re)construcción colectiva, etc., a raíz de eventos que, en la mayoría de las ocasiones, contienen una importante carga emocional originada en su carácter tradicional. Trabajamos con un concepto amplio de cultura y de políticas culturales pues entendemos que estas “abarcan también los modos de vida, las tradiciones, las creencias, la forma de relacionarse las personas, los hábitos, la gastronomía, las fiestas populares, la indumentaria, los valores compartidos...” (Moreno, 2013: 98).

Lejos de lo que pueda pensarse, las actividades lúdico-festivas no suponen en exclusividad un espacio de evasión o una vía de escape a la realidad cotidiana, sino que su relevancia y significatividad en la configuración de la identidad personal y colectiva y en la creación de vínculos sociales trasciende los límites del simple divertimento (al que no pretendemos restar importancia). De esta manera, y siguiendo a Pieper (1974), trabajar y celebrar una fiesta se ubican en un plano ciertamente similar, compartiendo una raíz común, de manera que si la una se apaga, la otra se seca.

3. Desarrollo comunitario y dinámicas participativas de carácter espontáneo: el caso del "Entroido" en Galicia.

La pluralidad de dimensiones que se integran en las prácticas de ocio se constituye como una característica definitoria o identitaria de esas mismas prácticas. Dos de esas dimensiones, juego y fiesta, se entremezclan, se condensan y hasta, felizmente, se solapan en diferentes iniciativas (como las descritas en estas páginas) que, fundamentalmente a nivel local, representan y caracterizan a una determinada comunidad así como a las personas que forman parte de la misma quienes, a su vez, crean y recrean, de forma permanente, esas celebraciones o festejos idiosincrásicos enraizados dentro de un determinado territorio.

"En las comunidades tradicionales existe un trasfondo mítico o ritual que conserva un profundo significado; pero, en cualquier caso, juego y fiesta comparten el acceso a un ámbito distinto de la realidad cotidiana, que nos permite trascender a lo que nos rodea, transformando y humanizando el mundo con otras vivencias que se desarrollan como experiencia de ocio". (Csikszentmihalyi, Cuenca, Buarque, Trigo et al., 2001:56).

Esos dos componentes de las actividades lúdico-festivas entroncan directamente con una de las dimensiones fundamentales de los tiempos de ocio: el pretendido carácter autotélico de las mismas, indispensable, por otro lado, para que puedan ser consideradas como tal. Esa finalidad en si misma de las actividades de ocio refiere, a nuestro parecer, un cierto componente de espontaneidad presente en las iniciativas que se detallarán en las líneas que siguen.

Esas propuestas, iniciativas, celebraciones, festejos, prácticas, eventos, vivencias, etc., reivindican y reclaman el protagonismo de las culturas y de las comunidades locales como pretexto y contexto de una educación capaz de afrontar las desalentadoras señas de identidad que marcan nuestra sociedad contemporánea. Una educación para la participación, para la implicación, para la asunción de responsabilidades, para la toma de conciencia en cuanto a nuestro necesario papel principal en las decisiones que nos incumben o que bien afectan, bien condicionan, nuestro quehacer vital. Es así que entendemos esas prácticas de ocio de carácter lúdico-festivo, de naturaleza similar a las descritas en este texto, como esferas públicas de participación social. En ningún caso el potencial, nos atreveríamos a decir que descomunal, de iniciativas de esta índole se puede poner en tela de juicio puesto que representan los mecanismos que las personas utilizan para definirse a sí mismos, y definir las relaciones que establecen con su comunidad y con su ecosistema social en general. Prácticas que, lejos de lo que pueda pensarse, gozan de una complejidad estructural inherente y de un ritual casi litúrgico que, en muchos casos, sólo los autóctonos logran comprender o descifrar y que se transmiten de generación en generación como un salvoconducto de irremplazable valor para su identificación con la comunidad de referencia. Experiencias, todas ellas, que gozan de un importante caudal social (Sotelino, 2009).

Lo que en este trabajo presentamos es el *Entroido*, una fiesta tradicional de Galicia que coincide en fechas y en algunos aspectos con el Carnaval, pero que al mismo tiempo tiene rasgos definatorios y diferenciales que a lo largo del texto iremos describiendo. El término procede del vocablo latino *introitus*, que significa entrada, comienzo, no solo del tiempo de cuaresma sino también de un nuevo ciclo del agro, cuando se renueva la fertilidad de la tierra. Esta fiesta cobra especial protagonismo en la Provincia de Ourense siendo definida como “(...) la locomotora de un tren potente que lleva originalidad en sus vagones y tradiciones que no deben morir por ser parte fundamental de nuestra idiosincrasia” (Ocio.lavozdeg Galicia.es), siendo aquí muchas las localidades que cuentan con sus tradiciones, manifestaciones y representaciones propias, definiendo e identificando la fiesta.

Como sabemos, Galicia es una tierra rica en manifestaciones de cultura tradicional. Las fiestas de diferente índole o romerías son muy comunes a lo largo de nuestra geografía, sobre todo en época estival. El *Entroido* comparte con todas ellas el componente lúdico pero con un peso social, histórico y cultural muy importante. A estos efectos Gondar (1995) apunta que las fiestas son un complejo simbólico en que se expresan actitudes,

cualidades, valores, fenómenos sociales, etc., en un todo estructurado y coherente. Toda fiesta constituye por lo tanto un lenguaje sólo accesible a aquellos que dominan su código comunicativo (...) el Carnaval, como cualquier fiesta es, por lo tanto, una forma de hablar que nos está transmitiendo mensajes.

Y así lo entienden las villas y pueblos donde se celebra con mayor énfasis, que lo ven cómo algo de todos, que forma parte de ellos y de su historia. La vivencia e identificación personal que supone el *Entroido*, se refleja en la transmisión intergeneracional de todas y cada una de las tradiciones que alrededor de esta fiesta se mueven, pues incluso hasta nuestros días llegan elementos ancestrales que se pierden en la memoria de libros y escritos, sin saber siquiera el porqué exacto de muchos de estos “rituales”; son varios los ejemplos que podemos por, desde las máscaras y trajes incluso el propio ciclo de Carnaval. De este modo, Cocho (1998) apunta que en Carnaval, el *Entroido*, es la gran fiesta de las fiestas, todo un compendio de creativa espontaneidad, por una parte, y de repetición de seculares rituales, por otra. El arquetipo de transgresión del orden habitual, de la inversión de valores. Urbano y rural, algo tendrá el Carnaval para que resistiera el paso de los años y siglos en la vieja Europa del Sur.

Esta transmisión no se hace tanto de una manera oral, sino como vivencia propia de abuelos, padres y hijos. Es muy común ver en los Folións de la Comarca de O Bolo a diferentes generaciones tocando juntos bombos y aperos de labranza, o a *Peliqueiros* de todas las edades en la Plaza da Picota de Laza, o sencillamente familias enteras disfrazadas siguiendo la misma temática componiendo una comparsa. Blanco (2000:136) recoge en las siguientes estrofas¹ recitadas en el *Testamento do Burro*² de 1996 una evidencia del sentimiento que supone esta transmisión:

Yo le doy vueltas y vueltas
Y no me entra en la cabecita,
Podrán copiar los trajes
Pero no la posturita
Ves a los niños pequeñitos

1. Traducción de la cita original escrita en gallego.

2. Acto que se celebra el Martes por la tarde sirviendo como cierre al *Entroido* de Laza.

Corriendo por los prados
Porque ya desde la barriga
Sueñan con ser peliqueiro
Nadie tiene Picota y Outeiro
Ni Herrero ni Cantero,
No tienen tampoco la estrena,
Ni las hormigas ni la Morena
Ni el orgullo ni la manera,
Ni el estilo ni la raza
Para arrancar de nuestro pecho
¡¡ VIVA EL *Entroido* DE LAZA!!

Son pocas las celebraciones donde, al contrario que sucede en el *Entroido*, jóvenes y mayores tienen un mismo papel y donde se rompen barreras generacionales y culturales disfrutando, compartiendo, sintiendo y viviendo la fiesta por igual.

En estos días el pueblo es una unidad y todos conocen las normas, valores y tradiciones que la participación en el mismo exige; aunque la mayoría de las veces no se hagan explícitas, todos las comparten, y hacen cumplirlas a aquellos que deseen participar de la fiesta. Son días en los que la comunidad está unida en el desarrollo de los diferentes actos y eventos que marcan el ciclo festivo, dejando las diferencias a un lado por unos días y asumiendo diferentes roles en la organización de la fiesta. Todos cooperan para la consecución de objetivos comunes, porque “en cualquier acontecimiento grandioso de la vida social hay cooperación, puesto que sino no podría haberse producido ese relevante pasaje” (Gómez, 1997:111). El *Entroido* suele ser uno de esos grandes momentos del calendario en la vida del pueblo, villa o ciudad; tanto que en muchos de estos lugares son días no laborables, al igual que ocurre con otros grandes acontecimientos del año, lo que hace que todos los vecinos puedan disfrutar de él, esto, desde la óptica o la perspectiva de la pedagogía social, facilita que la gente pueda participar, ocupando su tiempo libre durante esta jornada y convirtiéndolo en ocio. Siendo este un tiempo con un gran potencial educativo, en el que se pueden adquirir numerosos aprendizajes pertenecientes al patrimonio de saberes populares, que deben tener un peso importante en el proceso formativo de las personas como miembros del cuerpo social. Volvemos a hacer referencia, de este modo, a otro de los aspectos clave de toda fiesta, el componente lúdico del ocio, como un

tiempo necesario para el individuo y para la comunidad, reconociéndose incluso como un derecho. Es un tiempo de distensión, de ruptura con la vida diaria, con el rutinario, un paréntesis de unos días. Las personas necesitamos de ese tiempo de cambio y liberación, donde poder disfrutar decidiendo cada uno en que actividad emplearlo. Es un tiempo con un potencial socioeducativo muy valioso donde se pueden cultivar múltiples habilidades y competencias de carácter sociorelacional. Caride (2003:48) apunta algunas cómo: “(...) construir nuevos aprendizajes, estimular la creación y la diversión, incrementar la participación social y el desarrollo de la personalidad, ya sea de cada sujeto (autorrealización) o de los espacios sociales en los que viven (...) debe ser estimado como un recurso clave para el desarrollo personal, social y económico”.

Antes ya apuntábamos la ruptura con la brecha entre generaciones, pero aún se va un paso más allá, ya que existe también la ruptura con el poder establecido. Otra característica de este tiempo es la suspensión de cualquier tipo de autoridad: siendo el pueblo quien impone la ley para todos. El alcalde y demás autoridades tienden a desaparecer en esos días y cuando aparecen son tratados como un miembro más. Otra de las barreras que se rompen son las de intimidad personal de la casa. Es común en pueblos como Laza u Oímbra (ambos en la provincia de Ourense) que durante estas fechas se abran las casas para invitar a los visitantes. Incluso se deja de lado la individualidad, el rol habitual, los posicionamientos ideológicos, etc; el disfraz ayuda a asumir roles que pueden ser incluso contrarios u opuestos a los que habitualmente desarrollamos. Flexibilizaremos también los tiempos, teniendo una percepción más distendida del mismo. En estas fechas pasamos del tiempo concreto al tiempo mítico (Rodríguez, 2007), donde desaparecen los relojes físicos para dejar que rija nuestro reloj biológico. En el *Entroido* no hay horarios establecidos, se puede decir incluso que no hay previsión, que prima la improvisación, donde el ritmo de vida viene marcado por la propia fiesta. Nos damos así unas vacaciones con respeto al ritmo contrarreloj al que nos sometemos a diario, porque, como hemos apuntado anteriormente, los tiempos en la sociedad actual están demasiado saturados y sobrecargados, lo que puede producir síntomas de ansiedad por no “llegar a tiempo”. Un ejemplo revelador, es el programa del *Entroido* de Laza donde presentan los diferentes actos en tornas de: Mañana, Tarde y Noche, sin ser como esas programaciones rígidas a las que estamos acostumbrados, aquí todo puede pasar en cualquier momento, de los vecinos depende.. Son momentos para cambiar de mentalidad y abrirse a toda la comunidad, porque en estas circunstancias las comunidades cobran vida. La gente ocupa los espacios comunes y

en ellos se materializa su identidad de grupo al amparo de sus símbolos. (Fidalgo (coord.), 2009:20). Así lo afirma Gondar (1995) cuando manifiesta que de mismo modo que vimos que pasaba en el campo de la fiesta cuando se va de Romería, el tiempo del Carnaval es también uno de esos espacios para el fomento de la solidaridad y olvidar las diferencias que, sobretodo, las sociedades montadas al viejo estilo necesitan para que la afirmación de los intereses egocéntricos de sus miembros no terminen por hacer desaparecer el cemento social indispensable en toda convivencia.

El *Entroido* se configura así como una celebración con un potencial para el desarrollo comunitario muy fuerte. Una de las claves de este supuesto es que los vecinos ya lo han asumido como propio, y el sentimiento de pertenencia ya viene dado, por lo que en cuanto a motivación, implicación y predisposición de los destinatarios se tiene mucho avanzado. Partiendo de este supuesto, la probabilidad de éxito para un proyecto de desarrollo comunitario es mucho mayor, porque tal y como dicen Llena y Úcar (2006:41) respecto al concepto de comunidad desde la visión del trabajo social, se entiende cómo “(...) la sociedad más próxima a la persona...; el concepto comunidad habla de cualidad en las relaciones allí donde existen intereses, objetivos y deseos comunes”, lo cual nos da muchas pistas de cómo debemos intervenir en un colectivo, buscando satisfacer los deseos e intereses comunes, canalizándolos hacia un objetivo final que debe ser el incremento del nivel de bienestar social de la misma.

La participación vecinal en la fiesta es muy grande, todos se implican de una forma u otra. El simple hecho de ponerse cualquier elemento característico de *Entroido*, ya es una manera de colaborar a hacer que mantenga su esencia. Son muchos los que forman parte de grupos, más o menos organizados, pero con una finalidad que se hace común, pasarlo lo mejor posible. Estas agrupaciones reciben nombres diferentes según las zonas: *Comparsas*, *Folións*, *Trebóns*, *Confradías*... Algunas funcionan durante todo el año como asociaciones o entidades culturales, que procuran conseguir algunos fondos para afrontar gastos, y así organizan actividades de todo tipo. Un ejemplo son los Folións de O Bolo, de los que ya hablábamos anteriormente en este trabajo, siendo agrupaciones podría decirse casi que “naturales” de los vecinos de los pueblos de esa comarca, donde generaciones completas de familiares y amigos se juntan para disfrutar conjuntamente del *Entrudo*³, y durante el año forman parte de comisiones de fiestas y otros encuentros de carácter lúdico cultural, para

3. Denominación del *Entroido* en esta zona.

ir recaudando fondos de modo y manera que, llegado el momento, todo el pueblo pueda tener unas buenas fiestas entroideras.

De cara a realizar un proyecto de desarrollo comunitario estos agrupamientos se presentan cómo una oportunidad, ya que pueden ser “vehículos” dinamizadores e incluso parte sustancial del mismo. Se podría fomentar la creación de asociaciones, algo más organizadas que funcionaran durante todo el año como tal, promoviendo iniciativas y actividades para sus socios y para el conjunto de los vecinos. Esto supondría comenzar a trazar un tejido asociativo, aun más sólido, en un territorio, de manera que si se sabe desarrollar un proyecto con ellos, donde sus intereses se vean correspondidos, tendremos un importante apoyo para promover el desarrollo global de esa zona. Tenemos que pensar que la mayoría de estos colectivos tienen como vínculo de unión el *Entroido*, y sus objetivos y motivaciones son muy semejantes, por lo que se hace posible un trabajo en red buscando el beneficio y bien común.

Un ejemplo que podría ser parte de un proyecto de desarrollo comunitario sería la coordinación de la propia fiesta del *Entroido* por parte de los que están directamente implicados, pudiendo crear una comisión organizadora donde todos los colectivos estuvieran representados, así la fiesta seguiría siendo cómo decíamos antes, del pueblo y para el pueblo. Incluso se podría pensar en un proyecto donde se implicasen los diferentes *Entroidos* de una comarca, haciendo así un proyecto global para ese territorio. Otro ejemplo podría ser la creación de un Museo o Centro de Interpretación, para lo cuál todas estas asociaciones y grupos podrían tomar parte, bien cediendo piezas, en la organización de los espacios, en la distribución, en los contenidos... siendo así un proyecto que se sienta como un algo en común. Los beneficios nunca serán de carácter económico, pero sí que pueden venir dados mediante la creación de espacios dentro de esta infraestructura, que puedan ser utilizados para sus reuniones o juntas como entidad: Salón de actos, salas de reuniones, espacios comunes....

Un proyecto de este calibre además de sus repercusiones a nivel social y personal, también conlleva otras de carácter empresarial e incluso económico, ya que todo se conforma como un engranaje donde cada rueda va moviendo la otra y hacen así funcionar un gran mecanismo. Así es que durante estos días la economía de las villas y pueblos entroideros se revitaliza gracias a los visitantes, que llenan las plazas hoteleras y dejan su dinero en tiendas

y negocios locales. Los lugares donde se mantienen tan vivas las tradiciones son de un gran atractivo turístico, pero para que siga así los propios participantes tendrán que seguir haciendo que la fiesta no pierda los rasgos que la identifican y que la hacen única. En algunos establecimientos de Laza podemos ver diferentes carteles que dicen “*O Entroido de Laza taménsodesvos*”⁴, recordando al visitante que mediante el respeto a sus tradiciones también son partícipes de su conservación. En los últimos años, es mucha la difusión que se está haciendo de esta fiesta como unos de los principales atractivos turísticos de la Provincia de Ourense, pero hay que recordar que el éxito de los mismos no es de las instituciones que lo patrocinan o difunden, sino que es de los vecinos y vecinas de Laza, Viana do Bolo, Verín, Sarreaus, Vilariño de Conxo, Oímbra, Xinzo de Limia, etc, que supieron mantener vivas sus tradiciones permaneciendo unidos y luchando para que no se perdieran durante 40 largos años de dictadura, y así ahora poder vivir y celebrar el *Entroido* de la única manera que es posible, en la calle, con su gente y, por supuesto, con mucha fiesta.

En muchos casos los Poderes Públicos tratan de asumir las labores de gestión y organización de iniciativas de esta naturaleza trasladándolas al terreno de la cultura del espectáculo y provocando que los ciudadanos, verdaderos protagonistas de esas prácticas, busquen una suerte de desvinculación en relación a las mismas para procurar el diseño de actividades alternativas y que puedan percibir como realmente suyas. En la mayor parte de las ocasiones los festejos que fueron objeto, por decirlo de alguna manera, de asunción pública, terminan por traicionar sus verdaderos valores y se convierten en nuevos espectáculos de masas que redundan en la uniformidad o el monopolio cultural occidental. Pero por mucho dinero que se invierta para la organización de grandes Carnavales o eventos de otra naturaleza si el pueblo no los siente, la participación e implicación tenderá a ser más que escasa. Aquellas celebraciones que realmente siguen siendo una fiesta con carácter comunitario, identitario y relacional son aquellas que son organizadas por el pueblo y para el pueblo. Puesto que la participación en el entorno inmediato depende en gran medida del sentimiento de pertenencia a la misma comunidad, mientras no nos identifiquemos con algo y lo asumamos como parte de nuestra vida, jamás haremos nada por cambiarlo. Este también es el motivo de que cuando una celebración se desvirtúa y los vecinos ya no la reconocen como era, comienzan a sentirlo como algo externo, y su implicación en la misma tiende a ser mucho menor.

4. Traducción: El *Entroido* de Laza también sois vosotros.

5. Conclusión

Tras todo lo señalado a lo largo de las páginas que preceden y como una suerte de resumen o recordatorio de lo dicho, tenemos a bien señalar:

- El modelo sociopolítico y económico de la sociedad de consumo ha contribuido (y lo sigue haciendo en la actualidad) de una manera brutal a favorecer la difusión de un ocio vinculado de forma casi inseparable al consumo y a la vertiente económica o material (ocio – negocio), percibiéndose los tiempos para la autorrealización y el disfrute personal como un salvoconducto más para el acceso a una especie de élite que acredita su pertenencia y su carácter exclusivo a través de grandes dispendios en iniciativas de carácter turístico, recreativo, cultural, etc. (cultura del espectáculo), desvirtuándose, de ese modo, las verdaderas potencialidades de los tiempos de ocio y haciendo un flaco favor al desarrollo de la verdadera democracia cultural. Del mismo modo, en el contexto de una sociedad atemporal, el sistema productivo de la economía de mercado exige la subordinación de cualquier otra parcela temporal (incluidas las dedicadas al ocio) bajo el implacable e incontenible latir de los ritmos laborales.
- Ese mismo modelo traslada cualquier reflexión en torno a términos como calidad de vida, bienestar personal, desarrollo, etc., al terreno de lo económico, de lo material, del consumo y la opulencia (sublimando la postura de la civilización occidental como la única válida). Es así que no se acepta ni se plantea la posibilidad de alcanzar el bienestar a través de una participación efectiva, relevante y significativa en tu entorno más próximo o mediante un ocio creativo y autotélico.
- La occidentalización de prácticas que tradicionalmente actúan como mecanismo de filiación para los miembros de una comunidad encuentra un contrapeso indispensable en las dinámicas participativas de carácter espontáneo que, sin encajarse bajo una determinada etiqueta que las catalogue en una clasificación formal, contribuyen a que la generalización de determinados valores (que profundizan en los procesos de homogeneización y atomización cultural) no agrede o lesione las particularidades idiosincrásicas de cada territorio. A este respecto, resulta sumamente revelador el caso del *Entroido* en Galicia (similar al Carnaval), donde las celebraciones más concurridas y exitosas son aquellas que nacen del pueblo y para

el pueblo y que, como indicábamos con anterioridad, cuentan con un gran arraigo social y con una significación fundamental en la construcción de la identidad personal y social de los ciudadanos, en las que la autogestión es pieza clave y que sirven de instrumento de cohesión, de herramienta relacional para la comunidad que las implementa, además de reforzar el sentimiento de pertenencia con respecto a un determinado territorio en el que se contextualizan esos festejos.

6. Referencias

- Alguacil, J. (ed.) (2003). *Ciudadanía, ciudadanos y democracia participativa*. Lanzarote: Fundación César Manrique.
- Blanco, X. (2000). *Laza. O Entroidoenxebre*. Ourense: Deputación de Ourense.
- Buitrago, M.J. (2007). *Educación para la ciudadanía: los valores del ocio y el tiempo libre*. Málaga: Aljibe.
- Caride, J. A. & Meira, P. A. (2001): Las dimensiones de una crisis: urgencia y emergencia de la conciencia global. En J.A. Caride, y P.A. Meira, *Educación Ambiental y Desarrollo Humano*. Barcelona: Ariel, pp. 21-65.
- Caride, J.A. (2003). Las identidades de la Educación Social. *Cuadernos de Pedagogía*, 321, 47-51.
- Caride, J.A. (2005). La Animación Sociocultural y el Desarrollo Comunitario como Educación Social. *Revista de Educación*, 336, 73-88.
- Cocho, F. (1998). *O Entroido Galego*. Vigo: Edicións A Nosa Terra.
- Csikszentmihalyi, M., Cuenca, M., Buarque, C., Trigo, V. et al. (2001). *Ocio y desarrollo. Potencialidades del ocio para el desarrollo humano*. Documentos de Estudios de Ocio, 18. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Cuenca, M. (1999). *Ocio y Formación. Hacia la equiparación de oportunidades mediante la Educación de Ocio*. Documentos de Estudios de Ocio, 7. Bilbao: Universidad de Deusto.

Cuenca, M. (2004). *Pedagogía del Ocio: modelos y propuestas*. Serie Pedagogía, vol. 8. Bilbao: Universidad de Deusto.

Fidalgo, X.A. (coord.) (2009). *As Caras do Entroido Ourenseño*. Ourense: Deputación de Ourense.

Figueres, P. (2005). *Animación de ocio y tiempo libre: servicios socioculturales y a la comunidad*. Barcelona: Altamar.

Gómez, E. (1997). Cultura y Sociedad. En A. Aguirre (ed.), *Cultura e Identidad Cultural. Introducción a la antropología*. Barcelona: Ediciones B, pp. 109-136.

Gondar, M. (1995). *Crítica da Razón Galega. Entre o Nos-Mesmos e o Nos-outros*. Vigo: Edicións A Nosa Terra.

Llena, A. & Úcar, X. (2006). Acción comunitaria: miradas y diálogos interdisciplinarios e interprofesionales. En A. Llena y X. Úcar, *Miradas y diálogos en torno a la acción comunitaria*. Barcelona: Graó.

Moreno, A. (2013). La Cultura como Agente de Cambio Social en el Desarrollo Comunitario. *Arte, Individuo y Sociedad* [en línea] 2013, 25 [Fecha de consulta: 25 de mayo de 2018] Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=513551284007>> ISSN 1131-5598

Pieper, J. (1974). *Una teoría de la fiesta*. Madrid: Rialp.

Rodríguez, A. (2007). Entrar na dimensión lúdica da festa. *Periódico O Sil. Especial Entroido 2007*, 4 de Febrero 2007.

Santos Rego, M.A. & Lorenzo, M. (2012). *Estudios de Pedagogía Intercultural*. Barcelona: Octaedro.

Sotelino, A. (2009). *Entroido e identidade*. Un punto de encontro entre culturas. *Revista Galega de Educación*, 43, 122-124.

Fuentes digitales

Ocio.lavozdeg Galicia.es/se_escapate/. Del oso de Lugo a los apropósitos de A Coruña pasando por el Loro «Ravachol». (Consulta: 02/03/2018)



Pedagogia i Treball Social

Revista de Ciències Socials Aplicades

Edita: Universitat de Girona

Disseny i maquetació: info@clam.cat · 647 42 77 32

Dipòsit Legal: GI.904-2010

ISSN: 2013-9063